

ENSAYO PARA UNA TEORIA DEL IMPERIO ESPAÑOL (Europa-América-Bizancio)

César García Alvarez

La “pars orientalis” del antiguo Imperio Romano, tuvo su fin en aquel luctuoso año 1453. Constantino Paleólogo, último emperador de Bizancio, solo, en las murallas de la capital, siente que se ha roto la última puerta de la muralla y pronuncia las trágicas palabras que nos recoge Nikos Kazantzakis en su drama **Constantino Paleólogo**. “Ahora, alma, tú y yo, solos”.

Ante este derrumbe quedó viva, no obstante, la “pars occidentalis”, expresada en el poderoso Imperio de Carlos V. De su proyecto de “Universitas Christiana”, bajo cuyo centro encontraremos a Europa, América y también a Bizancio, y de la imagen literaria que tal idea reflejó, vamos a ocuparnos en esta lección.

Para Carlos V, para el novelista Cervantes, el dramaturgo Lope o el poeta Herrera, para todas las gentes cultas del siglo XVI, el imperio era el modo natural de convivencia de los pueblos. “La unidad inteligible política no era la nación, sino la especie imperio, al cual pertenecía el individuo nación. Si el horizonte histórico juega un papel decisivo en la existencia de los pueblos, el horizonte del imperio era siempre un lejano allí, como el de la nación un cercano aquí”, así expresa Ortega su noción de imperio. Esta mentalidad de lontananza, que fue la de todos los imperios, también la de Carlos V, consistió en afirmar antes el todo que la parte, un esfuerzo por dar sentido a lo cercano desde lo lejano.

La vocación de totalidad de que estamos hablando, reclamaba una coronación. Ningún emperador podía sentirse rey de reyes sin la coronación papal. La misión imperial reclamaba este acto sagrado, pues estaba al servicio de todos. Emperador significaba tanto como “imperar”, “mandar”, y se mandaba con particular acto imperial en los “límites” del imperio. Roma consagraba una expresión jurídica para tan singular acto: “dare manus”, poner en sus manos una legión, con la cual pacificaría la región, la mantendría o ampliaría. Los arcos de triunfo dedicados a los antiguos emperadores de Roma, suelen llevar leyendas alusivas a sus campañas más gloriosas, por lo general, en aquellos extremos del imperio; los emperadores no cumplían sino con lo que Augusto había dejado como mandato testamental; leemos en su testamento, conservado por Suetonio: “Que me sea dado mantener salva e íntegra la república, y perdurar en su propia configuración”.

La mentalidad de Carlos V y la Europa de su tiempo, era así mismo de amplitudes imperiales; y su alimento, las lecturas de las grandes epopeyas románicas y novelas de caballería, ricas en dichas amplitudes y generosidades. Es sabido que no tendríamos hoy la Segunda Parte del **Belianís de Grecia**, si el emperador no hubiese manifestado al autor de esta novela de caballería su deseo de ser continuada.

Las epopeyas, por otra parte, fueron siempre alimento espiritual de emperadores y hombres de acción, desde la *Eneida* romana hasta la *Araucana* hispana. Los héroes celebrados y ejemplares en la tradición románica, fueron aquellos que, como los emperadores, habían hecho sus gestas precisamente en los “límites”: En Bizancio es Dighenís Akritas, se siente romano, y lleva el título que recuerda los “akres” o límites del imperio; en España, el Cid Campeador, es un héroe fronterizo; amplía la reconquista de Castilla hasta Valencia; también su nombre lleva su marca: Cid (nombre árabe) y Campeador (nombre cristiano); en Francia, nos encontramos con la **CanCIÓN de Rolando**, y su héroe que no muere ni en la “dulce Francia” ni en la “gentil España”, sino en los límites, en Roncesvalles, allí donde todavía existe una cruz y una lápida que nos piden una oración por el mejor de los doce pares de Francia; en fin, la **Araucana**, -única epopeya hispanoamericana- no se escribe en los espacios imperiales aztecas, ni en las sabias escuelas mayas, tampoco en el mundo de los tan experimentados en políticas internacionales como fueron los incas; hubo de ser en Chile, porque aquí estaban los “límites”, el “Nuevo Extremo”, y la frontera, tan marcada en nuestra historia, que todavía con este nombre señalamos un espacio geográfico en nuestro país. De ésta y otras lecturas afines, sacaba el Emperador sus fuerzas en los cansancios de las rutas inacabables europeas. Sus soldados, como correspondía a quienes tenían grados inferiores, también llevaban en sus mochilas de campaña “libros de caminantes”; cuando el cansancio y el desánimo cundía en la tropa, siempre había un avisado capitán que daba la orden de acampar bajo la acogedora sombra de un árbol y allí, cada uno sacaba su Romancero; con él recobraban energías para continuar. El Romancero fue la epopeya popular, donde se encontraba el “allí” de la tropa.

El **Quijote**, se ha dicho, es el acta de defunción del Imperio Español, allí donde todos los ideales son derrotados; “la epopeya de los lomos apaleados”, dijo alguien, porque entre la batalla con el vizcaíno (cap. IX de la Primera Parte) y la derrota del Caballero de los Espejos, -al final de la novela-, todas son tremendas derrotas. No es así: la voluntad de don Quijote desangra su cuerpo no sus ideales, ineludibles. Jorge Luis Borges decía: “No he leído una novela más imperial que Don Quijote de la Mancha”. El acta del imperio es el “Discurso de la Edad Dorada”; pues bien, ahí es donde don Quijote glosa la “Cuarta Egloga” de Virgilio, poema imperial, anunciador de la Paz Augusta, versos que todos los niños romanos sabían de memoria; glosa don Quijote a Virgilio, haciéndose anunciante y anunciado, profeta y profetizado a la vez; y lo

que anuncia es una imperial Edad de Oro, donde todos los particularismos “de lo mío y lo tuyo”, se convertirán en el universal “nuestro”. Y ahora el héroe de Cervantes ya no verá sino horizontes o “límites”. No encontramos en esta novela ciudades, villas o pueblos, campos abiertos siempre, metas indefinidas en todo instante; y si hay ventas, será para tomar el ‘almo reposo”, como decía Fray Luis de León, y emprender nuevas rutas. Sólo allá en la frontera de Barcelona, en la frontera más frontera, que es la playa, toma Cervantes la decisión de hacer regresar a don Quijote a casa, -al “aquí”; no para vivir, sino para morir, y morir de nostalgia y melancolía, que siempre fue ésta, enfermedad de muerte de emperadores.

La propia estructura del Quijote, es ya de suyo imperial; muchas novelas ordenadas en una gran novela: la de “El Curioso Impertinente”, donde está Italia; el episodio del Cautivo, donde vemos la política mediterránea y de Bizancio; el Carro de la Muerte, cuyos comediantes van a representar un auto sacramental, de tema americano; España está desde Sierra Morena, donde hace penitencia, hasta Barcelona; los países nórdicos y su problemática eramista, a lo largo de toda la novela.

Si todo imperio desdeña el “aquí” reduccionista y apocado, por el “allí” de las amplitudes utópicas, don Quijote desdeña su lugar de nacimiento: “En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme”, y cuando le hacen volver, a la fuerza, a su “aquí”, hay en él, una angustia de claustrofobia que termina por romper, fugándose a escondidas; la última, también es fuga a los espacios infinitos de los cielos; Quevedo es aún más duro con el “aquí” de ese “lugar de la Mancha”, dice de él: “Vergüenza me pareció de la aurora, acordarse de tal sitio”. Sólo quiere para éste y todos los “aquí”, desmochados de ilusión y horizonte, noche y no día.

Hace unos instantes, pronuncié la palabra “melancolía”, a propósito de la muerte de don Quijote; ahora bien, si “límites” es la primera palabra definidora del imperio, la segunda, así lo creo, es “melancolía”, “nostalgia”. No hay afán imperial sin nostalgia, pues los límites de un imperio siempre son frágiles y abiertos. Todo imperio se alimenta de utopía, es un querer demasiado. Las dos ruedas concéntricas, la del imperio celeste y la del imperio terrestre, sólo girarán a la par cuando Dios someta a eje y quicio todos los afanes de los humanos; mientras tanto “aspiración” y “nostalgia”, serán dos sentimientos encontrados de los imperios.

Don Quijote está enfermo de muerte porque ahora el ama es ama, el cura es cura y el barbero un repelón de barbas; Sancho, sabedor de esta reducción de horizontes de su amo, va a visitarlo con una grajea imperial en sus manos. No te quieras morir, mi amo, -le expresa- es cierto que no hay posible orden universal por obra caballeresca; pero, he aquí que, quedan otros horizontes de armonía, donde tú y yo vamos a ir a amar y cantar, hemos comprado un campito -mentira, no tenía plata para ello- y hasta los perros, para inaugurar un ideal espacio pastoril; incluso he elegido los nombres: tú

serás el pastor Quijotiz, yo el pastor Pancino, y Sansón Carrasco, bachiller, que hará las letras de nuestras mejores melodías, Carrascón. Don Quijote dobla la cabeza hacia Sancho; abre los ojos, y pronuncia estas palabras “Vamos despacio, yo antes era loco y ahora soy cuerdo, antes me llamaba don Quijote y ahora Alonso Quijano y en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño”; y pidió un notario, hizo testamento, se confesó y murió. Don Quijote, que se llamó de la Mancha y Caballero de los Leones, ahora, más que nunca, es el Caballero de la Triste Figura. Esta melancolía la llevaba dentro, y ahora se acusó mortal.

El gran Carlos, que huía siempre del “aquí” del palacio de Toledo y hasta de España toda, pues, Rey de España además de Emperador estuvo más años caminando por los campos centroeuropeos que en su propio reino, a la hora de los retiros, estuvo profundamente inundado por la misma melancolía que le llevó a la muerte. Eligió para sus últimos días el monasterio de Yuste, allá en Extremadura, donde sólo se llegaba a lomo de mula. Llamó a su hijo Felipe, le pidió reconociese como hermano a don Jerónimo, desde ahora don Juan de Austria; hizo testamento; y pronunció las palabras de la gran melancolía: “He andado un largo camino” y con el nombre repetido de “Jesús, Jesús”, entregó su alma a Dios.

Junto al “límites” y la “melancolía”, existe una tercera nota imperial, la de “humanitas”. No podemos creer a Toynbee, para quien los éxitos imperiales de Augusto, Carlomagno y Carlos, fueron sólo resultado de sus habilidades políticas. Tras una gran praxis hay siempre una gran teoría, y la de Carlos se sustentaba sobre el “límites” que le dio a Roma, la “melancolía” que le ofreció España, y la “humanitas”, de sabia herencia griega. Una breve reflexión sobre esta última.

Al griego clásico le interesaban las esencias: de esta mesa, le interesaba la “meseidad”, no tanto si esta idea era existencializada en una mesa Luis XVI; del hombre le preocupaba, más que la individualidad, su “humanitas”, la común pertenencia que todos tenemos en lo humano, si esa esencia se encarnaba después en un hombre alto o bajo, flaco o grueso, de nariz corta o respingona, no tenía mayor importancia. Este descubrimiento del deber ser lo hacía el filósofo; el artista y el poeta venía después a expresar, mediante la palabra, la forma, la música o el gesto, aquellas ideas esenciales. Esto es lo que hicieron Homero, los trágicos griegos. Mirón, Fidas o Scopas en la escultura. El “Discóbolo” de Mirón, no es la escultura de hombre alguno conocido, con nombre y apellidos registrados, es “el lanzador del disco”, en forma más pura; el “Auriga de Delfos”, no es un corredor de carrozas, sino “el corredor”, como la “Venus de Milo” lleva sobre su cuerpo la femeneidad, de ella dijo Camón Aznar: “Cada centímetro cuadrado de esta escultura, es una plenitud de femeneidad y belleza”. Finalmente el político, el hombre encargado de crear la “polis”, ese espacio limitado como claustro religioso, donde los anteriores ideales griegos pudiesen ser llevados a la

práctica. La trinidad griega estaba formada, así pues, por el filósofo, el poeta y el político. Elaborado este fermento de “humanitas”, esta matriz de lo humano universal, Grecia la puso en manos de Alejandro Magno para ser llevada imperialmente a Oriente, y también pasó Roma, y desde Roma, cabalgando a través de la Edad Media, hasta Carlos V.

Así es como se acuñaron las grandes palabras de Occidente: “holon”, decían los griegos, universal armonía; “unitas”, añaden los romanos, todos “cives romani”; “fraternitas”, palabra con que se distinguen los cristianos; “ved cómo se aman”, observaban los paganos. Carlos V sustenta su “Universitas Christiana” sobre este triple fundamento. Lutero, un gigante hereje, quiebra esta historia de siglos; al “semper, ubique et omnibus” agustiniano, obligará a aquel otro lema, “cuis regio, eius religio”; a la unidad siguió la diversidad; y el fragmentarismo -aliado de individualismos, relativismos y liberalismos- inundó el cuerpo de Occidente hasta hoy; ya no habrá un “allí”, todo se ha convertido en un atomizado “aquí”. Las nuevas palabras: “unidad europea”, “ecumenismo”, “lo interdisciplinario”, etc., parecieran empezar a revertir la historia.

La praxis imperial de Carlos V

Menéndez Pidal nos ha hecho ver la importancia de las fechas en la vida de Carlos V. Vamos a recordarlas: 1520, las Cortes de Coruña, donde el doctor Mota, tercer consejero real, despierta en el Emperador “joven y apocado, de gesto absorto y boquiabierto”, su conciencia imperial. 1521, Dieta de Worms: el emperador declara comprometerse con “mis reinos, mis amigos, mi cuerpo, mi sangre, mi vida y mi alma”, por la idea de la “Universitas Christiana”. Tercera fecha, 1528, discurso de Madrid, en el que declara el firme propósito de ir a Italia para ser coronado y asumir de “facto” sus deberes imperiales. Diseña, a su vez, estos deberes futuros: Contra los protestantes, en la Europa central; su política atlántica o americana; y la política mediterránea contra los turcos en favor de un solo imperio cristiano unificado; Carlos ¿también emperador de Bizancio?

Los historiadores destacan la fecha de Madrid como el comienzo de una cierta e inusitada ritualidad (“more bizantino”), en el Emperador Carlos; de los tres títulos, “sacra, imperial, católica”, acentuará aquél de la “sacralidad”. No se trataba de un oportunismo, dada la vacancia del Imperio Bizantino; el pasado español, entretejido étnicamente de orientalismo, se activó ahora ante el dominio y amenaza otomana. Vayamos al fondo de la Edad Media, para recoger este pasado de orientales afectos españoles.

En el siglo VII, el rey visigodo Recesvinto, acuña monedas y sellos con el título de “Flavius”. Gregorio López Madrea, historiador del siglo XVII, comenta el hecho de

este modo: “Usábanle nuestros reyes -alude al título “Flavius”- con aquel respeto de religión que engrandeció este nombre de Constantino”. Siglo VII: España se encuentra en manos de los árabes. Se escribe la *Crónica de Isidoro de Bédar*, comentada así por Fernández y González: “Hojead estas páginas y sentiréis conmigo cierta manera de asombro, al ver que se pierde la tradición de los emperadores de Occidente, vinculado en el Imperio de Constantinopla”. Bernardo de Compostela (m. 1236), destacada figura intelectual del siglo XIII, irá más allá, considerará al Emperador de Bizancio como único y verdadero emperador.

Esta línea oriental e imperial hispánica, se acentuará de modo particular con algunos reyes españoles: Ordoño II (914-923), Ramiro II(931-951), Ordoño III (951-956), Bermudo III, Alfonso III, Sancho el Mayor y otros; destacamos a Ramiro II, cuyo título “*basileus*”, es bizantino; y Sancho el mayor quien, además, acuñó monedas con su efigie imperial.

Pero, acaso sea Fernando I el rey en quien se encuentra la culminación de este sentido imperial hispano. Se tituló “*imperator*”, y fue acusado de usurpación en el Concilio Turonense (1055), pues “se tenía por exempto del imperio de Alemania”. El romancero del *Cid* nos hace ver al Emperador ante el Papa, reclamando contra Fernando, rey de León y Castilla:

La silla del buen Santo Pedro
Víctor Papa la tenía,
y el Emperador Enrique
ante él se humilló y decía:
-ante Vos, el padre Santo,
mi querella proponía
contra aquese rey Fernando
que a Castilla y León tenía
porque todos los cristianos
por señor lo obedecían;
sólo él no me conoce
ni mi tributo me envía...

El Papa se pronunció contra España, y en favor del Emperador Enrique, hecho comentado por el P. Mariana de este modo: “Era el Papa alemán de nación, natural de Suevia, por donde, naturalmente, se inclinaba a favorecer la causa de aquel Imperio”; la cosa no terminó aquí, se comunicó al rey español la obligación de ceder su título,

supuestamente usurpado a los alemanes, bajo pena de excomuni3n. El rey reune Cortes, y el Cid llama a defender la libertad con las armas. Un tribunal de Tolosa, decidi3 por Espa1a.

Esta historia imperial, vuelve a plantearse con Alfonso VI, rey que, desde 1077, a1adi3 a su t3tulo de Emperador, la leyenda “*Dei gratia*”, frase con la que se ha pretendido -comenta Juan Beneyto- ver significada la independencia de Espa1a respecto del Pontificado, afirmando que el poder3 del monarca procede directamente de Dios. La historia de la “*insubordinatio Hispaniae*”, incluy3 hechos incluso de heterodoxia, como la de Ordo1o III (954), al llamar al obispo de Compostela “*Antistes totius orbis*”, es decir, Papa; situaci3n que corrige Le3n IX en el S3nodo de Reims (1049), excomulgando al obispo de Santiago. Los juglares ya cantaban, sin esc3ndalo popular, aquello de “*Devos Dios malas gracias, ¡ah! Papa romano*”.

Y ahora estamos ante Alfonso V de Arag3n. Carlos V recuerda en su “Discurso de la Coru1a” (1519), que su idea imperial no ser3a tal sin el precedente de Alfonso V, y sus abuelos los Reyes Cat3licos. Alfonso V, tras la p3rdida del Imperio Bizantino, aspir3 a la restauraci3n universal del imperio, bajo Espa1a; entr3 en N3poles en forma triunfal y romana, y centr3 todas sus preocupaciones en la pol3tica de Oriente, lanz3 un discurso convocatorio para recuperar Constantinopla, “*Oratio in expeditione contra turcos*”, y lo hizo “en el nombre de Nuestro Jesucristo”. Juan Beneyto juzga as3 la pol3tica orientalista de Alfonso V: “No pudo Alfonso llegar e iniciar esta magna empresa. Pero el Oriente nos esperaba; y, poco despu3s, en el testamento de Andr3s Pale3logo, Oriente ven3a a constituir hijuela de Fernando V”.

Nos encontramos ahora con los abuelos del Emperador Carlos V, los Reyes Cat3licos, “*Duques de Atenas y Neopatria*”, seg3n aquello que nos dej3 el cronista Hernando del Pulgar en **Cr3nica de los Reyes Cat3licos**, “*Platic3se asimismo en el Consejo del Rey e de la Reina c3mo se deb3an intitular*”, y a todos los t3tulos -Reyes de Austria, Le3n, Castilla, Valencia, etc. -a1adieron los de Oriente. El historiador Zurita concluye as3 esta pol3tica de los Reyes Cat3licos: “Andr3s Pale3logo, hijo de Tom3s, leg3timo heredero del Imperio de Constantinopla, ya viejo y desterrado en Italia, deliber3 hacer donaci3n a los reyes Cat3licos de su derecho imperial” a estos Reyes que llevaban ya el t3tulo de Duques de Atenas y Neopatria, procedente de la expedici3n catalana-aragonesa. Andr3s muere en Roma, hace testamento el 7 de abril de 1502 y, comenta Juan Beneyto, “entreg3 a Espa1a el rescate de sus derechos del Imperio de Oriente”; ahora, nos encontramos con dos ideas pro-bizantinas: la de Carlos V en cuya “*Universitas Christiana*” s3lo habr3a un imperio y un pastor, y la de Iv3n III el Terrible, quien asume la herencia bizantina proclamando a Mosc3, Tercera Roma: Iv3n se corona en 1547 en la Catedral de la Asunci3n; sin embargo Carlos V no ceder3 su idea te3rica de “un solo reba1o y un solo pastor”. Persigamos un poco m3s esta idea.

Dicen algunos historiadores que el Emperador, después del “Discurso de Madrid”, y fijación de su programa político, puso especial énfasis, dentro de sus títulos “Señoría”, “Alteza” y “Merced”, el de “Majestad”, “de cuyo título se escandalizó algo el Reino”, por decir que este título más convenía a Dios que a hombre terrenal”, dice el cronista Santa Cruz; otros historiadores dan la fecha de 1537 para esta conciencia orientalista-divinal del Emperador. Haya o no coincidencia en las fechas, en uno concuerdan todos los investigadores del imperio: Carlos superó la idea de la “pars occidentalis”, de “Emperador de los romanos”, de “Carlos V de Alemania”, incluso “defensor de Roma” para constituirse en Emperador de la Cristiandad, de Occidente y de Oriente, jefe supremo de un ‘solo rebaño y solo pastor’. La idea había sido expuesta por el obispo de Badajoz en el “Discurso de Coronación”, allá en la Coruña, al señalar: “Cuando las otras naciones enviaban tributos a Roma, España enviaba Emperadores; envió a Trajano, Adriano y Teodosio, de quienes sucedieron Arcadio y Honorio; y ahora vino el Imperio a buscar al Emperador de España; al final del Discurso, Carlos se puso de pie y señaló: “Todo lo que el obispo de Badajoz os ha dicho, os lo ha dicho por mi mandato”.

En conclusión: Con dos españoles -Arcadio y Honorio- se abrieron los imperios Oriental y Occidental, con un español habían de cerrarse. Recomendamos al respecto “De los reyes que no son taumaturgos. Los fundamentos de la realeza en España”, de Adeline Rucquoi, en **Temas Medievales** Nº 5, Argentina.

No es de esta ocasión el análisis del pensamiento imperial de los humanistas contemporáneos del Emperador. Alfonso Valdés, Juan Luis Vives, Antonio de Guevara, Domingo Soto y otros. Recordemos sólo la disputa teórica entre Luis Vives, en **Relectio de indiis**, y Domingo Soto en **De iustitia et iure**, sobre el significado de “orbis domini”, aplicado al Emperador, recordemos la **Relación de las nuevas de Italia** del secretario de Cartas Latinas del Emperador, Alfonso Valdés, cuando dice: “... y ir a buscar a los turcos y moros en sus tierras, y ensalzando nuestra fe católica, como sus antepasados hicieron, cobrar el Imperio de Constantinopla y la Casa Santa de Jerusalén, que por nuestros pecados tienen ocupada, para que se haga “unus ovile et unus pastor”.

III. Los reflejos literarios de un Imperio.

En el teatro prelopista, el de Argensola, Juan de la Cueva, Virués, Bermúdez, Montalbán, etc. el rey, así como el emperador, están vistos con extremo rigor. Leemos en la **Alejandra** de Lupercio Leonardo de Argensola:

*La mano de los reyes poderosos
siempre debe mostrar rigor terrible;
jamás mostrarse afable ni amorosa,
más siempre justiciera e invencible.
El ser temido un rey, es fácil cosa;
el ser amado si que es imposible;
y así por estas cosas le conviene
mostrar que más furor que piedad tiene.*

Este teatro no triunfó. No fue popular. La orientalización de España, tras ocho siglos de convivencia árabe-hebrea, no sintonizaba con esta imagen demasiado humana del rey. Fue Lope de Vega, gran intuidor del alma popular española, quien, al dignificar a reyes y emperadores -amén de otros mitos hispánicos-, llenó de gente los corrales, que no cesaban de aplaudir.

En **Fuenteovejuna**, los reyes son “enviados de Dios”:

*Católico, rey Fernando
a quien han enviado el cielo,
desde Aragón a Castilla
para bien y amparo nuestro.*

En otra obra, **El mejor mozo de España**, el rey es “imagen de la divinidad”:

*...Los cielos
de quien eres imagen tan piadosa,
tu vida aumente, generoso Enrique.*

Las cosas van más allá: en **El mejor alcalde, el rey** también de Lope, un personaje, Sancho, compara el decreto del rey, impreso en una carta, con las Tablas de la Ley de Dios:

*En una tabla su ley
escribió Dios: ¿no es quebrar
la tabla el no la guardar
así el mandato del rey.*

Un gran estudioso de este tema, Alfredo Hermenegildo, comenta: “Nos hallamos ante la imagen divinizada oriental en Israel y entre los musulmanes”, por cierto,

entre los propios habitantes del Imperio de Bizancio, añadimos nosotros. Los reyes en esta culturas, tienen un estatuto en cierto modo divino, como elegidos y ungidos de Dios: A Cristo se le da el nombre de “Rey de Reyes”, “Cristo Rey” y “Ungido”.

La pasada historia de España, como hemos estudiado, alimentaba desde el inconsciente colectivo esta nota de orientalismo; los judíos conversos, entre ellos Montalbán, se convertían en agentes de la idea, en sus obras. Este dramaturgo en una de sus obras **Ser prudente y ser sufrido**, comentando un retrato puesto por el monarca en el corredor, para observar la reacción de sus súbditos, hace decir al súbdito Mendo:

*Este retrato, ¿nos envía
rayos el original,
que es acá, en lo temporal
Vice-Dios?*

Y el rey Fernando, saliéndose al paso, replica:

*Sí, Mendo, y en esto
veréis que soy Vice-Dios
y como tal, puedo ver
y asistir a todos ellos.*

Insólito, el rey afirma tener hasta el don de la omnipresencia divina. En fin, Lope no tiene duda en divinizar a los reyes, diciendo de ellos que son santos:

*El rey está disculpado
que es santo, y aquí me trajo
para honrarme.
O que son el mismo Dios (!!):
Si vos sois Dios en la tierra
¿quién no ha de fiar de Dios?*

Así leemos en **La mayor virtud de un rey** y en **Los prados de León**.

La lírica clásica española, fue muy pródiga en estas exaltaciones mesiánico-orientales de su emperador y monarquías. Fernando de Herrera canta a la batalla de Lepanto; el concepto doctrinal es la “sustitutio imperii”: el pueblo español ha sustituido, como “pueblo de Dios”, al pueblo judío y una nueva era mesiánica se anuncia para

todo el orbe. La “continuatio imperii” ha sido abolida. El gestor de esta nueva edad, es ahora don Juan de Austria, hijo del Emperador Carlos V, y medio hermano de Felipe II, he aquí un fragmento del poema, paráfrasis del **Exodo** (XV, 47):

*El Señor, que mostró su fuerte mano
por la fe de su príncipe cristiano,
y por el nombre santo de su gloria
a su España concede esta victoria.*

Fue sólo una batalla, importante, pero sólo una batalla, los turcos no desalojaron Constantinopla; sin embargo, para el poeta, para España, se crea la ilusión de haberse ampliado el Imperio Hispánico en límites sorprendentes.

No menos ilusionado es este soneto de Hernando Acuña; está dedicado al Emperador Carlos V, y se duda si esta gran edad, “se acerca” o “es ya llegada”:

*Ya se acerca, Señor, o es ya llegada
la edad gloriosa en que promete el Cielo
una grey y un pastor solo en el suelo
por suerte a vuestros tiempos reservada:
Ya tan alto principio, en tal jornada
os muestra el fin de vuestro santo celo
y anuncia al mundo para más consuelo
un Monarca, un Imperio y una Espada.
Ya el orbe de la tierra siente en parte
y espera en todo vuestra Monarquía
conquistada por vos y justa guerra.
Que a quien ha dado Christo su estandarte
dará el segundo más dichoso día
en que vencido el mar, venza la tierra.*

A estas alturas de nuestra exposición, hay palabras que se nos cargan de una semántica particular: Esta edad “es la que promete el cielo”. Nos encontramos ante una historia sagrada, y no profana; “una grey y un pastor solo en el suelo”, ¿quién es éste? ¿el Papa? No lo dice, pero el contexto nos habla de Carlos V, el Emperador, dotado de atributos sagrados “santo celo”, “a quien Christo ha dado su estandarte”;

finalmente, el soneto desborda la “partitio imperii”, pues será emperador de todo “el orbe de la tierra”.

Bernardo de Balbuena, que vivió en México, escribió desde allí otro poema. Ya Carlos V había muerto; su hijo Felipe II había dejado también su reino en manos de Felipe III. Las cosas no andaban bien en España y en sus antiguas posesiones imperiales; sin embargo, la misma ilusión mesiánica, el mismo sentido universal de imperio, las mismas alusiones al Imperio Bizantino, cautivo y “herencia española”:

*¡Oh España altiva y fiel, siglos dorados
los que a tu Monarquía han dado presa
y a tu triunfo mil reyes destacados!*

*Traes al Alvis rendido, a Francia presa,
humilde a Poo, pacífico al Toscano,
Túnez en freno, Africa en empresa.*

*Aquí te huye un príncipe otomano,
allí rinde su armado a la vislumbre
de la desnuda espalda de tu mano.*

*Ya das ley a Milán, ya Flandes lumbre,
ya al imperio defiendes y eternizas,
o a la Iglesia sustentas en su cumbre.*

Es el canto de todos sus reyes y sus hechos: A la batalla de Alvis, donde Carlos V derrotó e hizo preso a Federico de Sajonia; la de San Quintín (1577), en cuya conmemoración levantó Felipe II el Monasterio del Escorial; la batalla de la Pavía, en la que se hizo preso y se llevó a Madrid a Francisco I, rey de Francia; la conquista de Túnez a los turcos y la huida de los príncipes otomanos en la batalla de Lepanto. En conclusión: un Imperio eternizado y defendido, un mundo que gobierna, y una iglesia “que sustenta en su cumbre”.

Este poema es un broche a cuanto hasta aquí hemos dicho: Advierto en él la noción de “límites”; el sentimiento de “nostalgia”, y la afirmación de la “humanitas”. Límites que van de Flandes hasta Africa, y desde España hasta el mundo otomano, pasando por Francia, la Toscana y Milán. Una “humanitas”, expresada en tres palabras: “ley”, “luz” y “fundamento” o sustentación de la iglesia; y la “nostalgia”, en unos versos que amplían el poema y dicen:

*El mundo que gobiernas y autorizas
te alabe, patria dulce, y a tus playas
mi humilde cuerpo vuelva o sus cenizas.*

Francisco de Quevedo, en un soneto, calificado como el más perfecto del idioma castellano, hace este canto responsarial al Imperio.

*Miré los muros de la patria mía
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.*

*Salíme al campo, vi que el sol debía
los arroyos del hielo desatados,
y del monte quejosos los ganados,
que con sombras hurtó su luz el día.*

*Entré en mi casa, vi que amancillada,
de anciana habitación era despojos,
mi háculo, más corto y menos fuerte.*

*Vencida de la edad sentí mi espada
y no hallé otra cosa en qué poner los ojos
que no fuese recuerdo de la mente.*

“Sic transit gloriae mundi”, con estas palabras eran Papas y Emperadores coronados, en el recuerdo de que así, algún día, serían -por la fuerza o por el tiempo- destronados.

Essay for a theory of the Spanish Empire

Professor García starts by presenting a general idea of the concept of empire; he considers four words which can center the spirit of all empires: “limits”, “universality”, “humanism”, and “melancoly”; (“limes”, “universitas”; “humanitas”; “declinatio”). The author examines these ideas at the light of certain images of the “present world” in literary work, such as epopees, romances, and, -most specially-, in the “Quijote”.

The author presents a study of the Empire of Charles Vth, in both aspects: as political action, and as reflected in literary productions. In the first line, he follows the works of Ramón Menéndez Pidal; in the second, he makes a profound study of Spanish classical theater, as well as contemporary lyrics, with a special insight to detect the Emperor's aspiration for the integrity of "one sole flock, one sole shepherd", for all Christianity. His aspiration included, of course, the Christian world which, -after 1453- had been left "unguided", in the ample space of the Byzantine world.

He concludes with an analysis of the "melancholy" of such an aspiration of a "Universitas Christiana", which he considers to be much more an idea than a reality.

Trad. Ivone Lavanchy